

Raigal, 1955). Borges presidía por esos años la Sociedad Argentina de Escritores, y en mayo de 1946 organizó una conferencia de Virgilio sobre Cuba y la literatura, en la sede de la institución, ubicada en el número 524 de la calle México. A petición de Piñera, aceptó escribir un breve texto para el número que *Ciclón* le dedicó a José Ortega y Gasset. No se olvidó de él cuando pasaron los años y dejaron de tener contacto: en 1959 le envió una corta esquela manuscrita en la cual expresaba a Piñera el pésame por el fallecimiento de su madre. Del autor de *Historia universal de la infamia*, Virgilio dejó también una viñeta: »Era un Buenos Aires multitudinario, gran metrópolis que al mismo tiempo conservaba un olor provinciano, más marcado en el seno de la alta burguesía y en el mundo de los escritores y los artistas. Habitaban en la ciudad tres divinidades: Macedonio Fernández, Jorge Luis Borges y Xul Solar. Mi primer encuentro con Borges fue en “lo” de Wally Zenner, que vive en la calle Maipú, a sólo cinco cuadras de Borges, que también vive en Maipú. Lo acompañaba la Egeria de turno (ya no recuerdo más su nombre); en cambio recuerdo los nombres de tres Egerias de Borges: Estela Canto, Alicia Jurado y Luisa Mercedes Levinson. La Egeria, cuyo nombre olvidé, me presentó por segunda vez a Borges. Por segunda vez digo, pues ya había sido presentado a él por la dueña de la casa. Y digo la Egeria me presentó, con una presentación especial, porque por esos días yo había publicado en la revista *Anales de Buenos Aires* un artículo titulado *Nota sobre literatura argentina de hoy*, en el que hacía un breve análisis de la obra borgiana. Al momento percibí que a Borges le importaba un pito ser tenido por una de las divinidades tutelares de Buenos Aires. Lo opuesto de Anatole France en el salón de Madame Armand de Caillavet; él, en el de Wally Zenner, esa noche fue tan sólo rincón, que aun siendo centro por miradas de sus admiradores, ocupaba ese sitio como una protesta muda por la divinidad que se le había conferido. Su voz se oía como un bisbiseo, como un melisma y sólo a veces un tanto más distintamente unos “¡Caramba, caramba!” que eran como una mezcla de ironía, de asombro fingido, o de graciosa aquiescencia. Además, los “caramba” borgianos son también, y sobre todo, materia de profunda reflexión que, según el caso, pueden ser seguidos de un profundo silencio porque Borges ha preferido guardarse sus pensamientos, o de una brillante tirada en la que casi siempre dice la última palabra, aunque no se haya propuesto decirla. Al mismo tiempo esos “caramba” tienen el poder de poner punto final a una de esas alteraciones que han tenido la torpeza de parar en un círculo vicioso. Esos “caramba” son, entonces, como aquellos “Voilà qui est bien” con que Madame Geoffrin llamaba al orden a sus amigos acalorados.»

## Un conde apellidado Gombrowicz

Capítulo aparte merece, por su intensidad y duración, la amistad de Virgilio Piñera con el narrador y dramaturgo polaco Witold Gombrowicz. Éste había llegado a Buenos Aires el 21 de agosto de 1939, invitado a la travesía inaugural del trasatlántico *Chorbry*. El estallido de la Segunda Guerra Mundial y la invasión de su patria por las tropas alemanas, lo obligaron a un inesperado destierro que se prolongaría hasta 1963, año en que regresó a Europa. Durante sus primeros años de exilio atravesó por grandes

dificultades económicas que lo llevaron a tener que impartir clases y a colaborar con seudónimo en algunas revistas bonaerenses.

El mismo año que Piñera arribó a Buenos Aires, Gombrowicz, como él mismo ha recordado en su *Diario Argentino* se encontraba, «como tantas veces, con los bolsillos totalmente vacíos y sin saber dónde obtener algún dinero». Tuvo entonces la idea de pedirle a su amiga Cecilia Debenedetti, a quien había bautizado con el nombre de «la Condesa», que le financiara la traducción al español de su novela *Ferdydurke*, que había publicado en Varsovia en 1937. Cecilia aceptó de buena gana, y Gombrowicz empezó a trabajar. El método que siguió era el siguiente: traducía del polaco a su deficiente español y luego llevaba esas páginas al *Café Rex*, donde sus amigos argentinos repasaban el texto frase por frase, «en busca de las palabras apropiadas, luchando con las deformaciones, locuras, excentricidades de mi idioma». La labor que el escritor inició sin entusiasmo, para salir de la inercia literaria, empezó de repente a dar signos de vida tanto para él como para el equipo de traductores, compuesto por escritores jóvenes como Adolfo de Obieta, Carlos Coldaroli, Humberto Rodríguez Tomeu, Alejandro Russovich, Jorge Calvetti, Patricio Villafuerte, Carlos Sandelín y el pintor y poeta Luis Centurión. Fue entonces cuando a ellos se sumó Virgilio, que muy pronto pasó a ocupar la «presidencia» del equipo. Con cierta modestia, ha dicho que su «designación» se debió a que era, entre todos, el que disponía de más tiempo. Gombrowicz, que no se distinguía precisamente por ser modesto, reconoció que «sin su ayuda y la de Humberto Rodríguez Tomeu, también cubano, quién sabe si se hubieran salvado las dificultades de esta —como calificó la crítica— notable traducción. Evidentemente. No era por casualidad que Piñera y Rodríguez Tomeu, dos “niños terribles” de América, hastiados hasta lo indecible, hastiados y desesperados ante las cursilerías del *savoir vivre* literario local, pusieron sus afanes al servicio de esta empresa. Olfateaban la sangre. Anhelaban el escándalo. Resignados de antemano, a sabiendas de que “no pasaría nada”, de antemano vencidos, estaban, sin embargo, hambrientos de lucha post mortem. Se advertían en ellos las terribles debilidades de la aristocracia espiritual americana, crecida rápidamente, alimentada en el extranjero, que no encontraba en su continente nada en qué apoyarse. Pero —y no fueron pocos los americanos de este tipo que encontré— la muerte les daba una vitalidad particular, al aceptar el fracaso como algo inevitable tenían una capacidad de lucha digna de envidia.»

Los presentó Obieta, quien le había insistido a Virgilio que debía conocer al Conde. «¿Es realmente conde?», se interesó Virgilio. A lo que su amigo respondió: «Nunca podrá saberse bien. En todo caso es una mixtificación muy bien llevada. Cuando lo conozcas a Gombrowicz comprenderás que es muy de él eso de declararse conde.» El día que se conocieron, Piñera vio frente a él a «un hombre, como diría Balzac, en la cuarentena bien sonada, y que por sus maneras bien podría ser conde». Su curiosidad era mucha, y después de las presentaciones de rigor le preguntó a quemarropa si era de veras conde. «¡Pobre Piñera!, le contestó el polaco. Es usted otro vocero del eterno y estéril escepticismo latinoamericano. Pues sí, soy conde, y por mi abuelita, Grande de España. Sepa que mi abuelita tenía derecho al taburete; yo mismo puedo permanecer cubierto en presencia del rey.» Luego comentó: «Así que llega usted de la lejana Cuba... Todo muy tropical allá, ¿no es cierto? ¡Y cuántas palmeras!» Virgilio recuerda

que su interlocutor pasó entonces a narrarle la historia de su viaje a Argentina, «una verdadera chef d'œuvre de la conversación gombrowiana» que escucharon todas las personas que se acercaron al autor de *Trasatlántico*. Al final le confesó: «Piñera, ¿sabe usted por qué no regresé a la lejana Polonia? Pues debido a mis intensos estudios, comenzados el día anterior, del alma sudamericana.»

Una vez traducida *Ferdydurke*, había que encontrarle editor. Virgilio la propuso a la Editorial Argos, para la que hacía traducciones, y fue aceptada. La novela apareció el 26 de abril de 1947, con una «Nota sobre la traducción» firmada por Piñera. Esa tarde se reunieron Gombrowicz, Rodríguez Tomeu y Virgilio en el *Café El Querandí*, situado a pocos metros de la editorial. Tras algunos chistes del polaco, y luego de escuchar, por enésima vez, el relato épico de su desembarco en Buenos Aires, el novelista consultó el reloj. Eran las seis de la tarde. Entonces dijo: «Vamos, Piñera, llegó el momento. Empieza la batalla del ferdydurkismo en Sudamérica.» Retiraron diez ejemplares del libro y se dirigieron al *Café Rex*, que había sido el cuartel general del equipo de traducción. Allí Gombrowicz estampó en uno de los editoriales la siguiente dedicatoria: «Virgilio, en este momento solemne declaro: tú me has descubierto en la Argentina. Tú me has tratado sin mezquindad, ni recelos, con amistad fraterna. A tu inteligencia e intransigencia se debe este nacimiento de *Ferdydurke*. Te otorgo, pues, la dignidad de Jefe del Ferdydurkismo Sudamericano y ordeno que todos los Ferdydurkistas te veneren como a mí mismo. ¡Sonó la hora! ¡Al combate!-Witoldo.»

La colaboración de Virgilio no se limitó a eso, sino que después de editada la novela se ocupó de distribuirla entre algunos críticos y divulgarla. Sobre la repercusión que tuvo entonces en el ambiente literario de Buenos Aires, apuntó: «La salida de *Ferdydurke* no constituyó un triunfo resonante si por tal se entiende el de la novela best-seller. Se vendió discretamente y tuvo una crítica mitad favorable mitad adversa. Entre los escritores argentinos de gran renombre no fue acogida con fervor. En cambio, la novela ganaba adeptos entre la juventud. Poco tiempo después de la aparición de *Ferdydurke* en español, se reeditó en Polonia y para la juventud de ese país Gombrowicz significó una especie de oráculo.»

Entre los papeles de Piñera que se han conservado, hay una cantidad considerable de cartas y papeles de Gombrowicz. Hay además un objeto de incalculable valor histórico: se trata del cartón en el cual el novelista se apoyaba cuando escribió la versión española de *Ferdydurke*. Está muy gastado por el continuo uso, sus contornos se han perdido, y sobre el mismo Gombrowicz escribió una dedicatoria a Virgilio en la que, además de identificar el objeto, le sugiere lo done al Museo Nacional de su país. Con el paso de los años, la fama llegó para el escritor polaco. Con todo, no se olvidó de su amigo y ya en los años sesenta le pidió escribiese un trabajo sobre su *Ferdy* para la revista *Kultura*, cosa que Virgilio aceptó e hizo. «Considero, Piñeyro (sic), que nadie mejor como usted para cumplir con tal tarea, ya que era el principal traductor y Presidente del Comité», le expresa en la carta. Y agrega: «Naturalmente, hay que escribir a la altura de mi actual situación, ya que abiertamente se habla de mí como de un genio, y de *Ferdy* como de obra cumbre. En passant podría mofarse algo de los incapaces que no supieron captar; y distribuir algunas pullas (¿o cómo se dice?) a diestra y sinies-